

GACETA MÉDICO-VETERINARIA

REVISTA SEMANAL

AÑO XIII.

Domingo 21 de Julio de 1889.

NÚM. 537.

En la dedicatoria del libro: *Ensayo de Fisiología filosófica y general*, escrito por el catedrático de la Escuela de Veterinaria de Madrid D. Jesús Alcolea y Fernández, se leen las siguientes palabras dirigidas á el también catedrático D. Santiago de la Villa y Martín:

..... Á V. DEBÍ, DESPUÉS, EL OBTENER LA CÁTEDRA DE FISIOLOGÍA EN LA ESCUELA DE SANTIAGO; Á V., Y SÓLO Á V., DEBO LA QUE HOY OCUPO.....



R. I. P. A.

EL ALBÉITAR

D. FELIPE NIETO REVILLA

ha fallecido repentinamente el día 4 del actual en Villanueva (Palencia),

A LA EDAD DE 68 AÑOS

El antiguo albéitar habíase granjeado una gran reputación por su práctica en la ciencia, su ojo médico y demás cualidades que lo hacían ser estimado como una verdadera notabilidad. En cuanto á su vida, como ciudadano, padre y esposo, sólo mereció las más sinceras alabanzas, pues las virtudes que practicaba sin gloriarse de ello no se han podido ni se podrán borrar nunca de la mente de los que disfrutaron de la fortuna de conocerle y tratarle.

Esos mismos merecimientos contribuyen á el estado de profunda amargura en que se hallan sumidos sus obedientes y honrados hijos y sus distinguidos hermanos y amigos, pero unos y otros, al recibir este sincero pésame deben recordar que esos mismos merecimientos del venerable profesor son los que le han abierto las puertas de la bienaventuranza eterna con que Dios premia á los que trabajan sin cesar y practican la virtud en esta vida transitoria.

SUMARIO.

Advertencia.—*Sección editorial*: Adhesiones al pensamiento de enviar un profesor veterinario á París para el próximo Congreso Internacional.—Influjo del grado de Bachiller.—Con motivo del Manifiesto célebre.—Noticias de sensación.—¿Lloramos ó reímos?—Suelto.—Veterinaria militar.—*Variedades*: La edad de la tierra.—*Misceláneas*.—Anuncios.

ADVERTENCIA

Estamos remitiendo á los suscriptores que están al descubierto con esta Administración, el estado de sus cuentas, y les suplicamos encarecidamente se sirvan contestar á nuestras cartas, diciéndonos además si quieren continuar con la suscripción, sintiendo manifestar que aquellos que no contesten á las atentas cartas que se les envían, ni justifiquen su morosidad en el pago, ocuparán su lugar en la lista que estamos preparando y que verá la luz cuando sea oportuno, por más que sea esto altamente doloroso.

SECCIÓN EDITORIAL.

MADRID 21 DE JULIO DE 1889.

Adhesiones al pensamiento de enviar un profesor veterinario á París, para que represente á la clase veterinaria española en el próximo Congreso Internacional.

(Continuación.)

D. Vicente de la Fuente, venerable profesor en el Provençio, se expresa así:

«La clase en general no puede estar satisfecha conque en ese gran certamen sea su representación la de una persona completamente agena á la ciencia Veterinaria.

Una clase, celosa de su dignidad,

numerosa y honrada, y que puede realizar, aunque modestamente sus planes, no debe cruzarse de brazos permitiendo que la represente un personaje muy sabio en otros ramos de la actividad humana, pero en Veterinaria no, puesto que todos saben lo que en esta ciencia significa el Delegado de la Escuela de Madrid.

Vaya enhorabuena en representación de la Comisión española, presidida por D. Matías López, pero de ninguna manera en representación de la clase veterinaria, que se vería ofendida, rebajada en su entidad moral científica y hasta en su honra, que no puede permitir sea representada por una persona extraña conocidamente, poco simpática é intrusada en la clase libre.

Yo soy el más humilde de los veterinarios, pero tengo orgullo en serlo, y por eso quiero con vehemencia que quien nos represente sea también veterinario, para que dé testimonio de lo que valen nuestros conocimientos y de cuán grande es nuestro amor á la profesión que hemos abrazado.

Hagamos un pequeño sacrificio, cooperen todos con sus donativos para sufragar decorosamente los gastos de nuestro representante para que pueda desempeñar su misión del modo espléndido y desahogado que en tales casos corresponde.

Yo me adhiero y obligo incondicionalmente á abonar lo que se estipule.»

**

Del entusiasta profesor veterinario, establecido en Villaluenga, D. José Rollán:

«La elección del Sr. López Martínez para el cargo de representante de la clase veterinaria, parece una burla ó escarnio. La clase entera debe protestar de semejante nombramiento, por el cual se concede más consideración á un intruso

que á un profesor; se pone además de relieve la inacción de los catedráticos y se expone á la nación española, dada la ignorancia del representante en nuestra ciencia, á que las eminencias veterinarias extranjeras crean que hemos enviado á un mudo al Congreso internacional, ó lo que es peor, que hemos elegido al más inepto de los profesores, si es que hay alguno que merezca este calificativo.

Nombremos un representante nacido del seno de esta agrupación científica, y como no acompaño mis ideas con estériles declaraciones, quiero ser uno de los primeros en contribuir con mis escasas fuerzas á satisfacer la cuota que corresponda para que el veterinario que vaya á sentarse entre las ilustraciones de Europa pueda vivir con el decoro debido para honra suya y nuestra en esa gran ciudad, que hoy encierra los primeros hombres y las mayores bellezas y productos del ingenio humano.

**

Del ilustrado profesor D. Eduardo Blanes, establecido en Instinción:

«Protesto enérgicamente del nombramiento de ese señor intruso para que nos represente en el Congreso internacional de París, pues sería escandaloso que en dicho Congreso nos representara un respetable señor ajeno á la Facultad. Esto produciría el colmo de la indignación en los amantes de su clase.

Elíjase un profesor que vaya allí á honrar á su patria y á su ciencia, y para ayudar á la realización de tan hermoso pensamiento cuente con mi modesta ofrenda de cinco pesetas, que estarán á su disposición en el momento que se designe la persona que ha de asistir en nuestro nombre á aquel grandioso certamen.»

**

El consecuente y laborioso profesor D. Bernardo Martínez Estivaris, establecido en Muniain de la Solana:

«Admirado estoy de ver hasta qué extremo ha llegado la falta de consideración que se tiene á nuestra clase (de la que sólo culpo al equivocado sistema y censurable dirección de la Escuela de Madrid), y creo que nunca se ha presentado mejor ocasión de demostrar ante la faz del mundo que los veterinarios españoles, si no son estimados en su país en todo lo que realmente valen, en cambio en naciones en donde ciertos centros de enseñanza no realizan la monstruosidad de ser enemigos de la ciencia, alcanzan el aplauso merecido.

Después de tantos años en los que el Sr. López Martínez se ha contentado con lanzar á los cuatro vientos el eco de estériles promesas, ¿ahora va á representarnos en París? Y lo que es peor: el título que ostenta de Director de la Escuela de Veterinaria de Madrid hará creer á los profesores de Europa y América allí reunidos que es veterinario, porque á nadie más que á ciertos españoles se les puede ocurrir que dirija una cosa el que no la sabe ni comprende; y entonces, cuando vean que el Sr. López Martínez enmudece ó le escuchan las vagas generalidades que únicamente conoce, murmurarán entre sí los grandes profesores extranjeros: «Si este es el Director de la primera Escuela de España, ¿qué sabrán los demás veterinarios?»

Ánimo, clase querida, nombremos un profesor que nos represente en ese grandioso certamen y contribuyamos todos como yo estoy dispuesto á hacerlo con cuanto nuestras fuerzas alcancen, como yo particularmente me prometo, y que la ciencia de los veterinarios españoles alcance honrosos aplausos que nos animen al estudio y nos engrandezcan

ante todas las naciones civilizadas del globo.»

Del entusiasta profesor D. Andrés Rodrigo y Diaz, establecido en Torrejoncillo:

«Bajo dos aspectos puede considerarse la elección del Sr. López Martínez como nuestro representante en el Congreso internacional veterinario de París: ya como una ofensa dirigida á un cuerpo científico, ya como un peligro para la estimación de la ciencia española. En efecto, la medida tomada por la Comisión da á entender que no cree que haya veterinarios en España capaces de asistir á un Congreso de veterinarios, y al mismo tiempo expone al país á que juzgue y crean los extranjeros que oigan al señor López Martínez que aquí se sabe de Veterinaria solamente lo que este buen señor conoce de ella. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Aplaudan el nombramiento los célebres catedráticos que por desventura nuestra ensalzan al perdurable Delegado; esos catedráticos que, teniendo en su mano el salir de una vergonzosa tutela, se someten á ella como débiles hembras, sin acordarse de su condición de hombres y de ciudadanos; pero entre tanto nosotros, honrados por el trabajo y con el alma llena del sagrado fuego que el amor á la clase aviva continuamente, enviémos al Congreso de París un veterinario sabio, independiente y acreditado por sus obras científicas y recabemos del mundo de la actividad y la inteligencia un puesto en esa grandiosa lucha del talento.

Ahí está Espejo, el patriarca de la clase, el denodado defensor de sus derechos, el que sabe sacrificarlo todo por ella, y cuyas obras son la admiración de propios y extraños. Ahí está Llorente, lleno de sublime entusiasmo, creador de

fecundas ideas, enamorado de la Veterinaria, á la que profesa ferviente culto; y ahí están Arderius y Puig, el uno el más elocuente de nuestros oradores, el otro el más embebido en las modernas teorías, y una gran esperanza para las ciencias naturales en el país; todos capaces de traer de allende los Pirineos el galardón de una victoria que nos llenaría de legítimo orgullo y acrecentaría nuestra consideración en el mundo civilizado.

Yo estoy dispuesto á hacer los mayores esfuerzos para conseguir tan gran ventura.

¡Adelante, compañeros; la patria y la ciencia así lo piden!»

De D. Cándido López, ilustrado profesor establecido en Fuentes de Valdepero:

«¡Dios quiera que vea en su bien dirigido periódico grande animación en mis compañeros para realizar el acto de enviar á París un profesor que nos represente en el próximo y grandioso Congreso internacional, y cuente que no sería de los últimos éste, á contribuir con lo que corresponda para soportar los gastos inevitables que han de originarse!»

De los ilustrados y dignísimos profesores veterinarios D. Juan Farré y don Antonio Sala:

«Con el mayor desagrado hemos leído en la GACETA MÉDICO-VETERINARIA el nombre de López Martínez como representante de los veterinarios de España, nombramiento hecho por la Comisión española en la Exposición de París para representarnos en el Congreso internacional que ha de celebrarse en el próximo Septiembre.

La citada elección es un gran desa-

cierto, porque ¿qué mayor anomalía puede haber que presentar al mundo civilizado y como representante de la ciencia veterinaria á un intruso ó persona ajena á la misma, dando así á entender que no hay veterinarios en España? y ¿qué papel irá á representar el Sr. López Martínez entre los primeros hombres de Europa al tratar de asuntos científicos y profesionales?

..... Creemos muy justo y digno el pensamiento de la GACETA MÉDICO-VETERINARIA, de que vaya á la dicha Exposición un veterinario apto para ello que pueda discutir con la energía debida sobre los mas árdusos puntos profesionales y científicos.

..... Dejamos al alto criterio de la Junta central de la «Liga Nacional de los Veterinarios Españoles,» la elección del profesor veterinario que ha de marchar á París, llevando nuestra representación en tan sublime acto, y le rogamos nos indique la cantidad que debe correspondernos para cubrir los gastos, la cual haremos inmediatamente efectiva.»

* *

Del distinguido y entusiasta profesor D. Luis Prieto de Campo Real:

«Gran placer me produce la lectura de las adhesiones de mis compañeros sobre tan vital asunto que implica en gran parte una cuestión de honra profesional; ya sabia yo que el dignísimo maestro mio director de la GACETA MÉDICO-VETERINARIA, había de velar como él sabe hacerlo por el bien de sus queridos compañeros.

Contribuyamos todos como yo deseo hacerlo á apoyar esa idea y nombremos un profesor veterinario digno de llevar tan altísima representación, porque aunque todos mis compañeros merecen mi confianza, es indudable que se requieran

condiciones especiales para realizar un fin tan difícil como importante.»

* *

El ilustrado y activo profesor de Cervera, D. Rafael Cornadó, á quien con tanta satisfacción recordamos como uno de los mas entusiastas en el inmortal Congreso de la clase en 1883, nos dice entre otros párrafos los siguientes:

«Uno mi protesta y la de mi venerado padre, el Sr. D. Isidro Cornadó, á la de los demás veterinarios españoles que, tomando por fundamento el amor á la clase y por lema la idea del progreso científico, ven con disgusto el que represente á la Veterinaria española un hombre ajeno á la ciencia en el Congreso internacional que se prepara.

Es necesario que la clase nombre á un profesor que vaya á ese grandioso certamen, y ese profesor puede ser Espejo, Arderius, Anguiano, Llorente, Morcillo ó cualquier otro que reuniera las elevadísimas condiciones de ciencia, ilustración y aptitudes que á estas verdaderas glorias de la Veterinaria les adornan.

Dispuestos á contribuir con todas nuestras fuerzas á la realización del pensamiento, hacemos votos porque llegue á verificarse para honra de la clase y de nuestra querida patria.»

* *

De nuestro corresponsal y dignísimo comprofesor D. Apolinar Vaquero y Barba, establecido en Malva, se expresa con gran laconismo del siguiente modo:

«Sólo V., Sr. Espejo, puede representar la clase Veterinaria dignamente en el Congreso internacional que ha de celebrarse en París.

Mi cuota será la que se me señale.»

* *

El muy estudioso y dignísimo profe-

sor D. Antonio de Mora Molinero nos dirige las siguientes frases que deben conocer nuestros compañeros:

«Creo que ha de ser beneficioso para la clase, en el concepto de su general estimación, el que esté legítimamente representada en el Congreso internacional que ha de celebrarse en París en Septiembre próximo, por lo que me adhiero al pensamiento de contribuir con la parte que me corresponda al sostenimiento del profesor elegido, á fin de que, no sólo con el valor de su talento, sino con el decoro y esplendidez propia de su alto cargo, acredite lo que vale la clase veterinaria española.

Soy discípulo del eminente profesor Ilmo. Sr. Doctor D. Pedro Martínez de Anguiano, sé lo que vale, y creo, sin que esto hiera la dignidad de los otros muchos ilustres é insignes veterinarios, que este señor es el que debiera representarnos. Esta opinión, nacida del amor de la convicción y de la legítima esperanza de un triunfo, me complazco en consignarla aquí por si encuentra eco entre mis compañeros de clase. Que pronto se realice este común deseo y que los días del 2 al 8 de Septiembre sean de júbilo para nuestra honrada y querida clase.

INFLUJO DEL GRADO DE BACHILLER

Es verdaderamente notable que haya quien piense, siquiera sea guiado por la pasión en que sea posible aprender una ciencia sin conocer antes el difícilísimo arte de estudiar. No es posible saber sin estudiar, pero resulta inútil el estudio cuando éste se hace sin conocer las prácticas que son necesarias en absoluto para que dé el apetecido resultado. El título de Bachiller, si no sirviese para otra cosa, acredita esas prácticas, y el catedrático de una facultad, como el de una Escuela, puede lanzarse á sus expli-

caciones con tranquilo espíritu, sin que le agobie el temor de que su auditorio no lo comprenda. Esta seguridad por su parte y la disposición de ánimo de los alumnos por otra, hacen que el profesor, en lugar de repetir cien veces una misma idea, en lugar de rebajar su estilo para ponerse á la altura de las cortas inteligencias de sus discípulos, se deje arrastrar por la inspiración y por el entusiasmo honrando su cátedra con la abundancia de las ideas, la profundidad de los pensamientos y la elocuencia de la palabra. Por otra parte, cuanto de hermoso y de noble tienen las ciencias, otro tanto resplandece en los alumnos que se han sentido penetrar por sus divinos efluvios, y que poseyendo conocimientos generales de todas, han sentido brotar dentro de su corazón amor entrañable hacia la nueva ciencia que ahora estudian.

No queremos, al decir esto, que se estime el grado de Bachiller tal y como se encuentra en España, como una institución absolutamente perfecta; á nuestro juicio faltan muchas asignaturas en ese período de la 2.^a enseñanza, que son imprescindibles dado el estado actual de civilización y las inclinaciones que marca y determina la humanidad ilustrada. Las ciencias morales y políticas aparecen en descenso, en tanto que se desarrollan y aumentan los conocimientos de las ciencias y artes especulativas; y esto se explica perfectamente á pesar de la opinión de muchos filósofos que creen una desgracia el adelanto de las ciencias naturales y el atraso de las que pudiéramos llamar sociales. El *nosce te ipsum* de Sócrates ya no es un misterio en la parte moral; la humanidad siempre la misma, la familia siempre igual, las naciones invariables en su curso, y hasta las religiones, constantemente inclinadas á su fin más ó menos certero, han hecho pensar en que es inútil completa-

mente el introducir novedades que aparecen, es verdad, pero siempre bajo el concepto de evoluciones inconscientes hijas de especiales circunstancias que jamás pudieron preverse. Los ejemplos más repetidos nos los dá la Historia: véase en nuestra España el reinado de Isabel la Católica.

El país, dominado en una gran parte por los árabes, que aún contaban en África con considerables refuerzos, luchas con el extranjero, dificultades casi insuperables con el Papa, prevención de toda la Europa contra nuestra nación; hé aquí, en pocas palabras, lo que sucedía en aquellas épocas tan gloriosas para el noble país en que nacimos. Pero surge la maravillosa figura de Colón: un nuevo mundo se abre á nuestras investigaciones, y sus inmensos tesoros comienzan á afluir á la Península; y de un pueblo de pobres, pero honradísimos guerreros, se forma en un año una nación de comerciantes, florecen las ciencias y la literatura y se da principio á la era de civilización de que hoy nos gloriamos.

No hubo, pues, previsión alguna, y los primeros que se asombraron de la novedad fueron los teólogos, que, con San Agustín, creían en que la tierra era un plano; los que negaban la admirable exactitud de la brújula inventada algunos años antes; los que, atentos á las advertencias bíblicas, recordaban la parada del sol hecha por Josué, sin fijarse más que en el texto, no en el sentido poético del más curioso y antiguo de los libros.

Las ciencias morales y políticas sufrieron entonces cierta transformación: comenzóse á pensar en las grandes especulaciones; la organización interior hubo de modificarse; nuevas costumbres vinieron á sustituir á añejas prácticas, y la faz de España cambió en absoluto ¿quién lo dijera? por el solo hecho

de haberse concebido la redondez de la esfera terrestre y la posibilidad de ir á las Indias Orientales, dándoles la popa y no la proa de las embarcaciones.

Este hecho, como otros muchos que pudiéramos citar, nos acredita que la ciencia, y sólo la ciencia, es la que ha modificado y cambiado la faz del mundo, y que los grandes imperios y las más poderosas colectividades se han ido doblegando ante las invenciones científicas con más facilidad que ante la presión de las armas. La prensa ha destruído la tiranía; el alumbrado de gas es el agente de policía más seguro para dominar el hurto y hacer que se refrene el latrocinio; el telégrafo y el ferrocarril han extinguido odios de raza, haciendo una sola, la gran familia humana; cualquiera, pues, de estos maravillosos inventos supone el trabajo de millones de mártires, de centenares de filósofos, de cien distintas Escuelas tan notables como las de Alejandría, de Bolonia y Salamanca en los buenos tiempos del escolasticismo.

Pues, si es así, ¿qué razón hay para negar el auxilio de la geografía, de la historia y de las matemáticas á los alumnos de veterinaria? ¿Por qué razón hoy que ningún hombre se estime en algo sin ser erudito, ha de quedar la ignorancia para el joven alumno de nuestra ciencia y la sabiduría y el conocimiento de las cosas, vedado como si fuera una ponzoña que le perjudicase ó hiriera? Al contribuir el veterinario á realizar la grande obra de la civilización, no le basta llevar á su mente las teorías, ni aun las prácticas científicas del arte de conservar, perfeccionar y curar los animales útiles. Antes de ser veterinario, necesita ser ciudadano. Antes de ser sabio, necesita ser hombre, y no puede calificarse así en la extensión que á esta palabra se da á el que ignora la configuración de su planeta, la historia de



sus ascendientes y las admirables convienciones de los números y de los signos que los representan en el cálculo algebraico la mas perfecta creación de la humana inteligencia.

¿Qué produce esto? ¿Quién prohíbe en un país civilizado que el alumno de veterinaria quede muy atrás del alumno de derecho, del alumno de medicina, cuando su misión ha de ser defender la propiedad, aumentar la riqueza del país, velar por la salud pública y honrar la Medicina que en su cualidad de ciencia y en su concepto ontológico, es tan grande y noble cuando se emplea en servicio de la humanidad, como cuando se utiliza en bien de los animales?

¡Ah! ¡Si los que tienen la culpa de todo esto vieran el daño que hacen, si solo volvieran el rostro á la vecina Francia, donde el grado de Bachiller se ha hecho obligatorio para ingresar en los estudios de Veterinaria, cuán pronto variaría en sus tristes procedimientos!

¿Volverán de sus extrañas ideas los enemigos del grado de Bachiller? No lo sabemos; pero si auguramos tristísimos resultados para la enseñanza de nuestra ciencia, si un gobierno protector é ilustrado no establece como debiera haberlo hecho ya, ese indispensable requisito para emprender los estudios de la carrera Veterinaria.

CON MOTIVO DEL MANIFIESTO CÉLEBRE.

Hace pocos días recibí, remitidos por un alumno de quinto año de la Escuela de Madrid, la paparrucha ya conocida con el nombre de «Manifiesto á los hermanos de clase» y la bien escrita contestación de los Sres. Ferrer y López, con el fin de que juzgara y comparara los dos escritos.

No necesitan para clasificar los dos documentos, andarse con embajes y rodeos

sino que como corresponde á un buen catellano, expresar claramente mi opinión, y esta és, que el primer escrito está lleno de una refinada malicia y aviesa intensión contra el Sr. Espejo, y el otro lleno de verdad, cual si fuera el Evangelio del día.

No puedo creer que el Sr. Espejo haya vertido las palabras que se le atribuyen, ni que intente herir á la clase que representa en medio de los visibles sacrificios que hace por su engrandecimiento, y añado de paso, que no conozco á ese señor sino por su nombre y obras y no le debo favor alguno.

¿Cómo es posible que el Sr. Espejo ultraje á toda la clase en general con el calificativo que los firmantes del *Manifiesto* le atribuyen?

El Sr. Espejo podrá ignorar que existe un señor la Villa que se dedique á cortar las fibras y demás detalles de la naturaleza animada, podrá desconocer el mérito de Isasmendi, por más que este señor sea competidor de Lope de Vega, de Ercilla y de otros eminentes poetas, pero no habrá olvidado á Llorente, á Guisasola, á Ferrer y al gran Morcillo que acaba de darnos con su estudio sobre la rampa un motivo más para que se acreciente el respeto y veneración que le profesamos.

No es posible que una de las primeras figuras de la Veterinaria y de tan probadas aptitudes sea capaz de ofender á la clase, nó, nó y nó.

El Sr. Espejo dice en su periódico toda la verdad sin respeto á extravagantes suposiciones, y así se ha atraído el amor y afecto de cuantos se han fijado en la energía y buen tino con que sustenta sus ideales y ataca á otros, cosa que si produce profunda simpatía en los buenos, se convierte en arma de combate cuando llega el triste momento de emplearla.

¡Llamar á D. Rafael enemigo de la

clase! cuando es el único veterinario que ha llevado hasta el sacrificio su amor por la institución científica que lo albergó en su seno.

¿A quién se le ha perseguido con más encono que á D. Rafael Espejo? ¿Qué catedrático ha sufrido en mayor escala que él las iras dictatoriales de un Delegado, que tengo el derecho de estimar como verdadero intruso en la profesión? ¿Quién ha perdido más que el señor Espejo en sus intereses materiales, en la tranquilidad de espíritu, por el bien de la clase? ¿Dónde está otro hombre que haya sufrido querellas criminales, calumnias horrorosas, injurias en los papeles públicos, alcanzando la absolución de los Tribunales, lo mismo que el de la opinión pública, y siempre por amor á su clase, por amor á la ciencia, por su entusiasta cariño por los profesores establecidos á los que distingue muy particularmente con el afecto de un padre afectuosísimo? No, y mil veces no. Cuando se tienen estas condiciones y esa experiencia que da los años bien empleados, se llega á un grado de perfección tal que no cabe la vacilación ni la duda, constituyéndose el hombre en perenne monumento de sus propias convicciones y capaz de sustentirlas con la noble fe que tenían cuando nacieron en su alma.

Lo poco bueno que tiene el Manifiesto es simplemente lo que copio, dándole honores de originalidad de las teorías del Sr. Espejo, el cual sólo ha pensado en modificar los estudios de la carrera, procurando que éstos sean lo extensos que debieran; pero lo consigna ese papel con tal marrullería, que me recuerda al hipócrita que rezaba sin cesar ante una imagen de la Santa Virgen, al cual hubo de decirle el buen ermitaño que cuidaba la sagrada efigie: «Vamos, basta de rezos, que ni la Virgen ni yo te creemos, y tú mismo no sabes lo que te dices.»

El afán del Sr. Espejo se funda sólo en procurar mayor instrucción y mejor preparación para los alumnos. ¿Es posible que haya alguien que se oponga á tan hermosa idea? ¿Y es posible que se opongan á tal cosa los mismos encargados de la enseñanza?

Vergüenza debiera dar á los manifestantes de pensar en contra de la instrucción y del que la preconiza con las palabras y escritos; y tú, alumno de quinto año, que me mandas los dos Manifiestos para que juzgue, ahí tienes mi parecer, sin mucho que omito; mi deseo es que se acaben rencillas personales, que nada tiene que ver con los asuntos de carácter general y que en bien de la clase vengamos á la unión y fraternidad que tanto necesita.

MATÍAS MORAIS.

NOTICIAS DE SENSACIÓN.

Sabíamos que nuestros comunes enemigos, excitados por las manifestaciones tan patrióticas de nuestro periódico y por los escritos de muchos ilustrados y dignísimos profesores que desean tener legítima representación en el Congreso Veterinario de París, trataban de impedir en lo posible el que esto se realizara y para ello hacían grandísimos esfuerzos, á fin de que no encontrara competencia alguna el amo de la Escuela de Madrid y señor feudal de aquellos tristes y melancólicos lugares á los que rige y gobierna por la mezquina cantidad de diez reales diarios. Ya comprenderán nuestros lectores que la persona á que nos referimos es el Delegado regio señor López, el mismo que tanto dió que hablar acerca del producto del carnero y la cerda; en una palabra: de los fantásticos coínos.

Pero lo particular es que Muley el Zenit, moro de profesión y orador *in*

partibus infidelium, acompañado de sus correspondientes abencerrajes, cambió el nombre moruno por la vaga y sintética palabra de *comisión*, y llamó con trompetas y cajas batientes á unos cuantos profesores veterinarios para celebrar una reunión en la Escuela, lugar de sus proezas y centro en el que se repite que el grado de Bachiller es un veneno para la juventud. Allí se supuso que el pensamiento de enviar un representante al Congreso de París, era original de aquellos buenos señores, sin que en medio de su descarado atrevimiento se les ocurriera que ya en cuatro distintos números había hablado del asunto la GACETA MÉDICO-VETERINARIA, y que ya muchos y dignísimos profesores de dentro y fuera de Madrid habían ofrecido sus donativos.

Peró como lo insensato y lo torcido ni alcanza éxito ni conduce á ninguna parte, después que Muley tomó la presidencia por derecho propio, colocando á su lado como secretario á uno de sus admiradores, varios personajes se ocuparon del asunto, hablando de él según su temperamento; y aunque no faltó quien propuso medios prácticos y sencillos, fué esta misma razón desoida, como era lógico, terminándose en breve la sesión con el acuerdo siguiente, cuya elocuencia es admirable:

«El que quiera ir á París que vaya y que se costee la traslación y estancia en esa ciudad con su propio dinero.»

Para este viaje no se necesitan alforjas, podríamos decir, utilizando el antiguo refrán castellano.

El deseo de celebrar esa sesión sobre estos extremos pudo ser disculpable, y hasta se puede perdonar lo de atribuirse la iniciativa; pero lo que no se explica es que el acuerdo final revistiera un carácter tan inocente, que puede decirse vino á ser la candidez en su expresión más absoluta.

Ese afán de exhibición que tienen algunos individuos, y sobre todo el deseo de presentar á la Escuela como centro de iniciativas, cuando desgraciadamente no lo es y apenas si consigue seguir en el mismo estado sin acabar por deshacerse por consunción, es por lo que trae tan tristes fracasos que contribuyen más y más á darnos la razón y probar á la clase en general que sólo los profesores establecidos son los únicos que realizan actos de verdadera importancia, los que velan por la honra de la Veterinaria, y los que en el caso que nos ocupa realizan el hecho que tanta gloria ha de reportar aun á los mismos que con pueriles reuniones quieren perturbar la serena paz y la severidad con que la clase persigue hace años el noble fin de sus elevadas aspiraciones.

Se nos olvidaba decir que, como ahora las cátedras están cerradas, no asistieron á la sesión sino muy pocos de los alumnos del Sr. Alcolea, sumándose, entre todos los señores presentes, veintidos.

¿LLORAMOS Ó REIMOS?

La Correspondencia de España, del 14, nos da cuenta de haber salido bien en los ejercicios de revalida 58 alumnos de quinto año de la Escuela especial de Veterinaria de Madrid, añadiendo que han quedado suspensos 15, y que no se han presentado 44.

Peró lo particular de este suceso es que estas revalidas y estas suspensiones se han hecho, como siempre, de un modo absolutamente contrario á lo que prescribe el reglamento de las Escuelas de 2 de Julio de 1871.

En efecto, el reglamento á que nos hemos referido, que es el vigente, dice en su artículo 50: «2.º El Jurado designará al examinando con veinticuatro

horas de anticipación un animal enfermo que no haya visto anteriormente: y aquél deberá hacer la historia de la enfermedad, reseña del animal, causa del mal, diagnóstico, pronóstico y tratamiento del mismo, debiendo el Jurado adoptar las oportunas medidas para que este ejercicio sea hecho por el examinado sin otros recursos que los que les facilite su instrucción y aptitud y sin ayuda ajena.

»3.º Un ejercicio práctico de cirugía y otro de herrado y forjado, á elección del tribunal.»

Esta principalísima parte del reglamento, que encierra en sí la mayor garantía de ilustración que un alumno pueda dar y por la que se transforma en profesor, es letra muerta para los *sabios* catedráticos de la Escuela de Madrid. El mecanismo de la revalida lo han arreglado en familia de esta manera. Hecho el primer examen de preguntas, se entrega al alumno un papelito en el cual está puesto el nombre de una enfermedad, por ejemplo:

INDIGESTIÓN ESTOMACAL EN EL CABALLO

el alumno se marcha con la nota, viene á vernos á nuestra Redacción, y nos pregunta qué puede decirse acerca del asunto; nosotros le dictamos lo que se nos ocurre; se aprende de memoria las generalidades que debiera saber perfectamente si se las hubieran enseñado, y al otro día llega á la Escuela, y como una catatua dice de memoria lo que jamás supo, ni aprendió jamás, llevando por este motivo su correspondiente aprobado. Tenemos un amigo que, por cierto no es veterinario, que gratuitamente se ha examinado de un modo indirecto y bajo la forma dicha por un número de alumnos que ya le es imposible precisar.

En cuanto á la operación, pasa lo

mismo que en la historia clínica; es decir, que no hay animal sobre qué hacerla, sino una sencilla descripción de cualquiera de las pocas operaciones que allí se enseñan, y que se parece mucho por lo ridículo al sistema que emplean los maestros de piano: primero, la posición del operador; luego, cómo se toma el bisturi, etc., etc., como si digéramos la nota de *fa* con el dedo índice, el *si* con el dedo medio, y... aprieta el pedal.

¡Bendita sea la Providencia que permite cosas tan extrañas, y benditos los Gobiernos y los Delegados regios, sobre todo, que se burlan tan escandalosamente de lo dispuesto y lanzan al ejercicio de la ciencia á tantísimo ignorante! Para el año que viene pondremos una Agencia de historias clínicas á 50 céntimos pieza.

Hemos recibido un ejemplar de la interesante obra que acaba de publicar el doctor D. Vidal Solares de Barcelona y se titula, *Conseils pratiques sur l'hygiène de la premiere enfance*. Al pasar la vista por las páginas de tan precioso opúsculo, se comprende el por qué ha sido traducido al idioma francés el texto español. En efecto, la obra tiene un carácter tan general y son sus máximas de tan universal aplicación que merece ser conocida en todos los países civilizados.

Todos los que conocen el mérito de los trabajos del doctor Vidal Solares verán en la *Higiene de la primera infancia*, una muestra más de la laboriosidad y talento de su autor que tantos triunfos ha alcanzado en el palenque de la ciencia.

Recomendamos á nuestros profesores la lectura de este libro, y enviamos á su sabio autor la más expresiva enhorabuena.

VETERINARIA MILITAR.

MOVIMIENTO DEL PERSONAL.

D. Antonio Martín Cazorla, del primer regimiento Artillería de Cuerpo de Ejército, á situación de reemplazo con residencia en Sevilla.

D. Domingo Gonzalo García, de reemplazo en Alcalá de Henares, al primer regimiento de Artillería de Cuerpo de Ejército.

El Profesor de escuela graduado, segundo personal, tercero efectivo del Cuerpo de Veterinaria Militar, en el quinto regimiento de Cuerpo de Ejército de Artillería D. Francisco Fernández Galán, á segundo Profesor.

VARIEDADES.

LA EDAD DE LA TIERRA

Uno de los problemas más interesantes para quienes se ocupan de la Geología, es el siguiente:

¿Es posible estimar, aproximadamente al menos, la edad del globo terrestre, es decir, el tiempo transcurrido desde la formación de la nebulosa origen hasta nuestros días?

Gran número de físicos y geólogos emprendieron la tarea: mas lo disorde de los resultados obtenidos dice claramente que los métodos empleados no ofrecían certeza alguna. En la mayoría de los casos se llegó á cifras inverosímiles: tratábase de cientos y á veces de miles de millones de años. El más moderado de los cálculos, el de Willams Thompson, que dió cien millones de años. Este número parécenos todavía desmesuradamente exagerado.

La razón del desacuerdo y del mal resultado creemos deber atribuirlo á

nuestra ignorancia, tocando al valor numérico de los coeficientes que entran en ecuación cuando se aborda decididamente el problema, tales como la temperatura y el volumen de la nebulosa terrestre en su origen, su densidad, su capacidad conductora para el calórico, el estado térmico entonces de espacio, etcétera, etc.; y puesto que los métodos directos condujeron á resultados negativos ó manifiestamente contestables, hemos de tratar de acudir á los indirectos, y hé aquí lo que nos proponemos hacer, en espera de mejor camino.

Empecemos por sentar que, en vez de calcular en globo la edad terrestre, como hasta aquí se hizo; será mejor fraccionar y estimar separadamente cada una de las partes.

La existencia de la tierra á través del tiempo y del espacio, comprende tres distintas épocas: la ígnea, ó nébulo-estelar, la de la iluminación solar, ó sea de la vida, y la de las tinieblas, ó sea del frío y de la muerte. Tratemos sucesivamente de cada una de ellas, indicando sus respectivos y propios caracteres.

La primera época empezó cuando la nebulosa terrestre se separó de la solar, concluyendo al formarse la corteza cristalina, la primitiva de nuestro globo. Esta, la más corta de las tres épocas, está caracterizada por el paso de la tierra desde astro ígneo á astro apagado, es decir, á planeta, por efecto de la corteza formada en la superficie. Ello fué natural consecuencia del enfriamiento gradual producido por la radiación de la nebulosa hácia los espacios.—Creemos que la duración de esa época puede estimarse mediante consideraciones deducidas de la radiación solar.

Puesto que un metro cuadrado de superficie terrestre, según las observaciones de los físicos, recibe de la fotosfera, y por segundo, cuatro décimos de caloría, resulta del cálculo que la

masa solar pierde anualmente, por causa de su radiación hácia el espacio, dos calorías por cada kilogramo.

De aquí que el gran lumínar debe apagarse dentro de unos diez millones de años. Por otra parte, la termodinámica nos dice que la foto-esfera cuenta ya con unos quince millones de años de existencia, lo cual da para el ciclo entero de la radiación solar sobre veinticinco millones de años.

Ahora bien; la tierra, siendo en masa un volumen incomparablemente inferior al astro del día, debió enfriarse necesariamente muchísimo más á prisa; y creemos situarnos bastante más allá del justo término al adoptar para la duración de ese enfriamiento la centésima parte de la del sol; es decir, 250.000 años. Doblando esta cifra, para hacer entrar en cuenta la fase nebulosa que precedió á la estelar, tendremos como medio millón de años para el tiempo de la primera época de la tierra en su evolución á través de los tiempos.

La segunda época, que comprende los tiempos presentes y la gran continuación que les espera, abraza el total ciclo de las formaciones por transporte. Empezó con la formación cambria y concluyó al apagarse el sol, cuando el frío, solidificando los últimos mares, dará fin á la formación de vapores oceánicos y por tanto á la acción sedimentaria. Su agente será el mismo que obró en la época precedente el enfriamiento; éste, el gran factor que en mecánica celeste de continuo se encuentra, nos ha de servir de guía y de hilo conductor para descubrir los elementos que señalarán el término de esa segunda época.

El más importante de ellos será el retirarse de los mares, que ha de modificar hondamente los relieves de la superficie terrestre.

Ese movimiento del mar, una real desaparición gradual, reconocerá por

causa la penetración de las aguas á través del suelo á medida que éste se enfríe; lo cual dotará á la tierra de una fisonomía *marcial*.

En efecto, Marte, más alejado del sol que nosotros y de menores dimensiones, se enfrió más á prisa; la infiltración del elemento líquido fué por consiguiente mas rápida que aquí y así sucede que en ese planeta sólo se perciben pequeños mares mediterráneos que apenas ocupan la mitad de la superficie, mientras que nuestros océanos cubren toda vía como las tres cuartas parte de nuestro globo (1).

El agua ha de continuar retirándose hasta que la extinción de la foto-esfera según decíamos, congelara nuestros últimos mares. La consecuencia de esta retirada gradual ha de ser el engrandecimiento de islas y continentes, una evaporación cada vez más reducida, precipitaciones atmosféricas de día en día menos abundantes, la esterilidad creciente del suelo, y por último, la agonia y muerte de plantas y animales. Privado así de toda vida, el globo terrestre se habrá convertido en inerte masa perdida en el espacio.

La duración de la época que se acaba de describir, pensamos que puede calcularse por dos métodos, mutuamente comprobatorios.

Según las estimaciones de los geólogos que en diferentes lugares del globo midieron la potencia de los terrenos de sedimento, puede fijarse en unos 38 kilómetros el espesor total de depósitos; si, pues, conociéramos el intervalo transcurrido, mientras la formación de una capa de mil metros, por una simple multiplicación llegaríamos al conocimiento de la edad de la corteza sedimentaria del globo. Las épocas glaciales

(1) La verdadera proporción es siete oncesavos por cuatro.

pueden proporcionarnos esa unidad cronológica.

Si los cálculos presentados en otro lugar respecto á la periodicidad de los grandes inviernos circunpolares son exactos, se podría fijar en unos 70.000 años la duración de la formación cuaternaria; y como la potencia media de la formación ha sido estimada en 200 metros, dedúcese que para producir una capa de un kilómetro de espesor, fueron necesarios 350.000 años, y, por lo tanto, 13.300.000 para la duración hasta hoy del período sedimentario. Esta última cifra debe ser aumentada, en razón á que la extratificación de los terrenos de transporte ha sido frecuentemente interrumpido en el correr de los tiempos, ya en un lugar, ya en otro; pues á consecuencia de oscilaciones del suelo, varios bancos dejarían de depositarse sobre las formaciones subyacentes por espacios de tiempo difícil de apreciar. No creemos apartarnos mucho de lo cierto al estimar en dos millones de años la agregación que se necesita hacer, lo cual lleva aquella cifra hasta 15.300.000. Esto es lo que resulta empleando nuestro primer método.

Fúndase el segundo en consideraciones sacadas del ojo del trilobita.

Sabido es que este crustáceo inauguró la edad palozóica, pues se le encuentra en los bancos superiores del cambrio. La estructura de su órgano visual enseña que debió formarse bajo la influencia de una luz más intensa que la que á nosotros nos alumbrá; y dedúcese de aquí que en aquel entonces, ya formada la foto-esfera, nada había aún perdido de su energía. Esta, según hemos dicho y atendidos los cálculos termodinámicos, cuenta unos quince millones de existencia, cifra que poco se separa de la deducida anteriormente, y que el tiempo que le queda de vida está apreciado en los dos tercios de esa cifra; es

decir, que el ciclo del período era, orgánica ó resulta en junto de veinticinco millones de años.

La tercera y última era empezará á terminar la iluminación solar, á la vez que sedimentación y el mundo viviente, terminando con una terrible catástrofe; la caída de la tierra sobre el apagado sol. Un nuevo período de frío, silencio y muerte, comenzará entonces para nuestro planeta. Nuestra morada será ya una helada tumba circulando silenciosa alrededor de otra tumba, también helada: el sol sin luz.

Un suceso extraordinario, mas no imprevisto, interrumpirá de repente la monotonía de tan silencioso vagar, y por algún momento dará luz y calor al oscuro globo terrestre. Refiérese éste al temible cataclismo causado por la caída de nuestro satélite. Aquí es ya otro el hilo conductor y dejamos al enfriamiento, que ya nada puede proporcionarnos reemplazándole por otro factor de la mecánica celeste: la gravitación.

Tiempo ha que la aceleración secular del movimiento de la luna fué constatado, y los astrónomos del siglo pasado se ocuparon con razón de tan terrible eventualidad. En efecto, de la tercera ley de Kepler, se deduce que un astro que precipita su marcha, estrecha á la par su órbita, de que á la larga cae fatalmente sobre el cuerpo alrededor del cual gravita; y tal es el caso de la luna con respecto á la tierra.

Laplace tranquilizó por un momento á sus contemporáneos, demostrando por medio del análisis matemático que el movimiento de nuestro satélite está ligado con las variaciones de excentricidad de la órbita terrestre y que la aceleración actual terminará un día, pasando á ser disminución. Mas los cálculos del gran geómetra sólo dan cuenta de la mitad del valor de ese movimiento. Un estudio más profundizado del engranaje

de la máquina cósmica ha revelado la existencia de un agente desconocido en tiempo de Laplace; esto es, los 140 ó 150 miles de millones de meteoritos que anualmente atraviesan nuestra atmósfera y cubren la tierra con sus despojos.

Prescindiremos de los que cautiva la Luna por más que su número no sea despreciable. Por ténues que se suponga á tales corpúsculos, su polvo, al caer incessantemente sobre los dos astros, con el curso de los tiempos; acabará por aumentar su masa de una manera sensible. Se sabe que según la ley newtoniana dos cuerpos se atraen en razón directa de las masas é inversa del cuadrado de las distancias que los separa; planeta y satélite se irán, pues, acercando hasta reunirse. El más pequeño de los dos se aplastará contra el mayor, que volverá á la incandescencia por la transformación en calor del movimiento perdido, y los astrónomos de los planetas vecinos verán brillar en su cielo una estrella nueva. La luz sólo durará algunos días ó semanas, y las tinieblas sobreponiéndose á ella pronto pondrán fin á la iluminación pasajera. A partir de ese instante el globo volverá á su curso silencioso por los espacios, no habiendo ganado en la catástrofe más que un ligero aumento en su masa y volumen.

¿Cómo terminará esa carrera? De nuevo acudimos á la mecánica celeste, y la gravitación nos contesta.

Siendo la tierra respecto al sol lo que la luna con relación á la tierra, la marcha y desenlace serán para ésta idéntica á los señalados para su satélite; si los meteoritos que caen anualmente sobre la tierra se cuentan por millares, por miles de millares deberán contarse los que penetran en la atmósfera solar. Los dos astros se acercan mutuamente de un modo insensible, es cierto, puesto que el hecho se ha escapado hasta entonces á la atención de los astrónomos;

pero será apreciable con el curso de los tiempos, puesto que la caída incesante aumenta su masa, y, por consiguiente, su potencia de atracción, y así el encuentro se convierte en un hecho fatal.

La tierra ha de terminar su carrera aplastándose contra la superficie apagada del sol, á la que el choque convertirá transitoriamente en incandescente, y la aparición en el firmamento de una estrella temporal será el acto único del curso telúrico.

En el estado actual de nuestros conocimientos sería pueril querer avaluar la duración de la era ó periodo que acaba de describirse, y que puede definirse llamándole, según hemos dicho, periodo de las tinieblas y de la noche eterna, del frío de la muerte.

Tal cálculo podrá emprenderse el día en que de manera precisa se conocerá la aceleración secular de la tierra alrededor de su foco de atracción.

Todo lo que puede adelantarse es que, según toda probabilidad, la duración de ese periodo será mucho más larga que la del precedente, y estimarla por lo bajo en unos cientos de millones de años y tal vez más.

En resumen: la edad actual de la tierra parece ser de unos 16 millones de años, y ella sólo representa una pequeña parte de su carrera, pues todo tiende á hacer creer que la evolución total de nuestro globo á través de la inmensidad de los espacios ha de alcanzar á más de un millón de siglos.

(*La Revue Scientifique.*)

MISCELÁNEAS.

Escuela de Veterinaria de Toulouse.

El Gobierno de la vecina República ha publicado en su órgano oficial una

ley, fecha 11 de Junio de 1889, abriendo un crédito de 45.000 francos para establecer un lazareto en la Escuela de Veterinaria de Toulouse.

Este es el camino para que los alumnos adquieran la instrucción suficiente en lo que á las asignaturas prácticas se refiere.

Damos esta noticia con satisfacción y para que el Sr. Delegado comprenda la diferencia que existe en crear laboratorios de fisiología, balnearios, excursiones, etc., y lo que se practica tan oportunamente en las Escuelas francesas.

MOSTRENCOS

Leemos en el *Diario de Córdoba*:

«Se encuentra depositada en la hacienda El Encinarejo una caballería menor aparecida sin dueño en el predio referido.»

El mostrenco irracional
Según confirmados fueros,
Corresponde por igual
A Dios y á la general
Sociedad de Ganaderos.

Aguas para limpiar los objetos de cobre y de latón.

- Núm. 1.—Acido oxálico.. 20 gramos.
Agua..... 125 —
Núm. 2.—Acido oxálico.. 8 —
— sulfúrico 8 —
Tierra podrida. 64 —
Agua..... 1000 —

Se agita en el momento de usarla.

- Núm. 3.—Acido oxálico.. 30 gramos.
Trípoli..... 30 —
Esencia de es-
pliego..... 15 —
Alcohol..... 125 —
Yema de huevo. Una.
Aceite de al-
mendras..... 15 gramos.
Agua..... 1000 —

Se mezcla la esencia con el alcohol, la yema de huevo y el aceite, se disuel-

ve el ácido oxálico en el agua y se mezcla todo, añadiendo, por fin, el trípoli y agitando.

- Núm. 4.—Alumbre..... 8 gramos.
Acido sulfúrico. 60 —
Agua..... 125 —
Núm. 5.—Tierra podrida
en polvo fino. 100 —
Jabón veteadado. 60 —
Alcohol..... 60 —
Esencia de tre-
mentina..... 100 —
Aceite de ador-
mideras..... 30 —
Agua común.. 500 —

Se mezcla todo y se agita en el momento de usarlo.

La tuberculosis en los mataderos de Alemania.

El examen de las reses destinadas al consumo, practicado antes de sacrificarlas en varios mataderos de poblaciones alemanas, permite conocer el número de animales que padecían la tuberculosis.

Una revista extranjera ha publicado un cuadro estadístico, que puede resumirse en estos términos:

Reses.	Beneficiadas.	Tuberculosas.
Gan. vacuno mayor..	98.397	1.296
Terneros.....	143.448	33
Cerdos.....	183.536	140
Gan. lanar y cabrio..	33.421	7

Como se vé la tuberculosis se desarrolla más en el ganado vacuno adulto que en los cerdos y en los terneros, y en el ganado lanar y cabrio que es el que menos la sufre. Por cada mil reses de ganado vacuno mayor, había 13'171 tuberculosas; por cada mil cerdos, 0'762; por cada mil terneros, 0'230; y por cada mil cabezas de ganado lanar y cabrio, 0'197.—(FAJARNÉS).

(De la *Revista Balear.*)

MADRID, 1889.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE TOMÁS MINUESA,
calle de Juanelo, núm. 19.